

Resumen

En la última década las agendas de seguridad y construcción de paz en el continente africano difieren ostensiblemente en los escenarios de violencia caracterizados por actores con demandas de tipo secular (autogobierno, identidad, agravios, etc.) de las generadas en los conflictos armados con presencia de actores yihadistas, principalmente situados en el Sahel Occidental, el Cuerno de África o en la provincia mozambiqueña de Cabo Delgado. Mientras en las primeras se ha apostado principalmente por el despliegue de misiones de mantenimiento de la paz y la apertura de procesos de negociación de paz, en las segundas se ha priorizado las respuestas militares a partir de coaliciones internacionales de corte antiterrorista y la negación del diálogo. Los resultados de la aplicación de unas y otras han sido dispares en lo relativo a la reducción de la violencia y, en general, la arquitectura de paz edificada se ha mostrado incapaz de aportar medidas significativas que ayuden a la transformación estructural de la violencia y contribuyan a mejorar las condiciones de vida de las poblaciones africanas.

Introducción

Desde el final de la Guerra Fría se ha producido un proceso de *securitización* a nivel global que ha transformado profundamente las políticas internacionales de seguridad, construcción de la paz, gestión de la migración, cooperación, etc. Como parte de dichas transformaciones, la agenda internacional de construcción de paz y seguridad se ha convertido para la comunidad internacional en una especie de “misión civilizadora” cuyas recetas, articuladas fundamentalmente mediante diversas intervenciones de agentes internacionales, han sido llevadas a muchas regiones de lo que Immanuel Wallerstein denominó la periferia del Sistema Mundo, espacios caracterizados, de acuerdo con esta perspectiva, por representar patologías, escenarios de crimen y terror, de amenazas a la seguridad global. Dichas políticas *securitarias* se deben entender como una nueva forma hegemónica de dominación, de biopolítica en términos foucaultianos, al estar construidas en la desposesión de la agencia local, la subyugación y la imposición de normas culturalmente situadas disfrazadas de universales.

En las últimas décadas, esta agenda se ha acompañado de nuevos discursos sobre la seguridad que, asentados bajo la doctrina de la denominada “Guerra contra el Terror” y la narrativa de los “estados fallidos”, han convertido principalmente al continente africano en una fuente potencial de desestabilización e inseguridad global. Ante esta nueva interpretación de la conflictividad armada, la nueva arquitectura de seguridad ha apostado, por un lado, por priorizar reformas de los sistemas económicos y políticos, así como de los aparatos de seguridad y defensa de los estados africanos a través de estrategias de *statebuilding* en algunos conflictos armados, y por otro, en otros contextos de violencia, por priorizar el despliegue de intervenciones militares de carácter antiterroristas enmarcadas bajo la estrategia de guerra global contra el denominado “terrorismo internacional”.²

Esta diferente priorización de las diversas respuestas se observa claramente en la forma de tratar la violencia en el continente africano en la última década. Por ejemplo, durante el año 2024, en la Escola de Cultura de Pau identificamos 17 conflictos armados en África –la mayor concentración de conflictos armados a nivel global– de los cuales siete han sido categorizados bajo la etiqueta de “yihadistas” debido a las agendas enarboladas por los actores contendientes –o una parte de ellos– (Libia, Malí, Región Sahel Occidental, Lago Chad, Somalia, RD Congo –ADF– y Mozambique –

¹ El presente artículo es una adaptación y actualización del texto: Navarro, Iván “La construcción (dispar) de las narrativas securitarias en el continente africano y sus respuestas”, Apunts ECP de conflictes i pau, Escola de Cultura de Pau, abril de 2020.

² Navarro Milián, Iván (2017) “La Nueva Narrativa del Terrorismo Internacional en África: Respuestas y Resultados”, *Comillas Journal of International Relations*, 13, pp.28-48.

norte–), mientras que los otros diez poseen otras características, supuestamente diferenciadas de las primeras y relacionadas con el subdesarrollo, el autogobierno o demandas de corte secular (Burundi, Camerún (Ambazonia/Noroeste y Suroeste), Etiopía (Amhara), Etiopía (Oromiya), República Centroafricana, RD Congo (este), RD Congo (oeste), Somalia (Somalilandia-SSC Khatumo), Sudán y Sudán del Sur).³ Este escenario dibuja un mapa donde se observan diferentes conflictos armados que sacuden, principalmente, la región central del continente, cuyas dinámicas y, sobre todo, las medidas de resolución de la violencia, difieren ostensiblemente de las generadas en los escenarios de violencia presentes en el Sahel Occidental, el Cuerno de África y la provincia mozambiqueña de Cabo Delgado. Mientras en las primeras se ha apostado principalmente por el despliegue de misiones de mantenimiento de la paz encabezadas por Naciones Unidas, así como por la apertura de procesos de negociación de paz, en las segundas, su caracterización como conflictos armados “yihadistas” ha dado pie a respuestas en torno a medidas *securitarias*, traducidas en coaliciones internacionales de corte antiterrorista y en la negación del diálogo con los actores armados.

En este contexto, vale la pena recordar que el año 2013 la Unión Africana (UA) se comprometió a poner fin a todas las guerras presentes en el continente para el año 2020. Bajo el lema “Silenciar las armas en 2020”, el organismo regional adoptó una hoja de ruta sobre la premisa de que la paz, la seguridad y el desarrollo socioeconómico debían ser perseguidos de forma simultánea. Este objetivo que, no logró cumplirse en la fecha establecida, volvió a ratificarse durante la 33ª Cumbre de la UA celebrada en Addis Abeba (Etiopía) en febrero de 2020, aunque sin determinar fecha.⁴ Sin embargo, las estrategias dispares de resolución de conflictos hicieron inviable la consecución de las metas propuestas, sobre todo en los escenarios catalogados dentro de la narrativa de la “guerra contra el terror”, en donde la violencia, lejos de contenerse, ha ido aumentando año tras año.

A continuación presentamos una pequeña radiografía de las estrategias de seguridad y construcción de paz aplicadas en el continente africano según el tipo de escenario de violencia y la caracterización de sus actores y sus resultados obtenidos.

Escenarios de violencia caracterizados por demandas de corte secular y medidas adoptadas

Como hemos mencionado, una de las principales características que presentan la mayoría de los conflictos armados caracterizados por enarbolar demandas de corte secular⁵, situados mayoritariamente en la región central del continente, es la relativa a la apuesta por parte de la comunidad internacional de medidas encaminadas a la resolución y contención de la violencia a partir del despliegue de misiones internacionales de paz bajo mandato, principalmente, de Naciones Unidas, así como a la apertura de procesos de mediación y negociación de paz que faciliten el fin de la violencia y la reconstrucción posbélica.

Con relación a las primeras, el continente africano es el escenario de cinco de las 11 misiones de mantenimiento de la paz que la ONU tiene desplegadas actualmente a nivel mundial, cuatro de ellas situadas en el África Central compuestas por un total de 54.413 efectivos, la mayoría tropas militares, tal y como se observa en la siguiente tabla.⁶

Tabla 1. Misiones de la ONU en el África Central

País	Nombre de la misión	Mandato	Número de personal (a mayo)
------	---------------------	---------	-----------------------------

³ Escola de Cultura de Pau (2025) Alerta2025! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz. Barcelona: Icaria.

⁴ Unión Africana, “Silencing the guns: creating conducive’s conditions for Africa’s development”, <https://au.int/en/flagships/silencing-guns-2020>

⁵ En relación a las causas principales de la conflictividad armada, la Escola de Cultura de Pau distingue las siguientes: demandas de autodeterminación y autogobierno (Autogobierno) o aspiraciones identitarias (Identidad); oposición al sistema político, económico, social o ideológico de un Estado (Sistema) o a la política interna o internacional de un Gobierno (Gobierno), lo que en ambos casos motiva la lucha para acceder o erosionar al poder; o lucha por el control de los recursos (Recursos) o del territorio (Territorio). Escola de Cultura de Pau (2025) Alerta2024! Informe... (op.cit), p.24.

⁶ UN Peacekeeping, <https://peacekeeping.un.org/en> [Consultado el 10/09/2025]

			2025)
República Centroafricana	Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en la República Centroafricana (MINUSCA)	Protección a los civiles y apoyo a los procesos de transición en el país	18.660
República Democrática del Congo	Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUSCO)	Protección de los civiles y consolidación de la paz	13.783
Sudán del Sur	Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en la República de Sudán del Sur (UNMISS)	Protección de los civiles, vigilancia de los derechos humanos y apoyo a la ejecución del acuerdo de cese de hostilidades	18.134
Abyei-Sudán	Fuerza Provisional de Seguridad de las Naciones Unidas para Abyei-Sudán (UNISFA)	Desmilitarización y control de la paz en la zona disputada de Abyei	3.836

Fuente: Naciones Unidas. Mantenimiento de la paz

Parte de los mandatos de la mayoría de estas misiones son apoyar en la estabilización y protección de los civiles; facilitar asistencia humanitaria; impulsar procesos de diálogo nacional y resolución negociada de la violencia o apoyar en los procesos transicionales; aplicación de ceses al fuego o implementación de programas de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR); garantizar la seguridad; promoción y protección de los derechos humanos; reconstrucción del sector de seguridad; o prestar apoyo al restablecimiento de la autoridad del estado en el país.

Además de estas misiones situadas en el África Central, fuera de este espacio regional únicamente se encuentra la histórica misión del organismo en el Sáhara Occidental (MINURSO), con 427 efectivos. Recientemente, la ONU ha cerrado dos importantes misiones en el continente: la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA), que contó con 15.441 efectivos, aprobada en abril de 2013 debido al conflicto armado que inició en la región de Azawad y fue cerrada el 31 de diciembre de 2023 tras desavenencias con la Junta Militar; y la Operación Híbrida de la Unión Africana y las Naciones Unidas en Darfur, Sudán (UNAMID), que tenía desplegados 9.170 efectivos, transformada posteriormente en la Misión Integrada de las Naciones Unidas de Asistencia para la Transición (UNITAMS) en Sudán, que cerró el 29 de febrero de 2024 tras el estallido del conflicto armado en abril de 2023 entre las Fuerzas Armadas y el grupo paramilitar Rapid Support Forces (RSF).

Salvo la excepción del caso de Mali, no se ha desplegado ninguna misión de mantenimiento de la paz en ninguno de los conflictos armados con presencia de actores yihadistas y, en el caso de Malí, se hizo debido a que los actores que hicieron estallar la guerra en el norte de Mali en el año 2012, eran grupos armados árabe tuareg, aunque también había actores yihadistas.

Por otro lado, en estos contextos de violencia, la comunidad internacional ha presionado —aun cuando, en ocasiones, las partes no se mostraban receptivas—, para la apertura de procesos de negociación de paz y diálogo como mecanismos de resolución del conflicto, bajo amenazas de sanciones internacionales en caso de no hacerlo. Ello ha dado pie a la consecución de diferentes acuerdos de paz en los últimos años. En la actualidad, en el año 2024, identificamos 20 procesos y negociaciones de paz en el continente africano, lo que supone prácticamente el 39% de los 52 procesos de paz a nivel mundial, que están tratando de facilitar la resolución de diversos conflictos armados.⁷ En ninguno de esos 20 procesos de paz se encuentran actores yihadistas.

Algunos hitos destacables en la construcción de la paz en el continente africano en los últimos años han sido los siguientes:

- **Burundi.** En los últimos años han persistido los actos de violencia por parte de los cuerpos de seguridad y los grupos insurgentes del país, así como las acciones de los cuerpos de

⁷ Escola de Cultura de Pau (2025) *Negociaciones de paz 2024: Análisis de tendencias y escenarios*, Barcelona: Icaria.

seguridad burundesa en la provincia congoleña fronteriza de Kivu Sur en persecución de la insurgencia burundesa. En el 2020 se dieron por finalizadas, por no haber alcanzado resultados, las iniciativas de diálogo promovidas por la Comunidad de Estados de África del Este (EAC) desde el intento frustrado de golpe de Estado contra el presidente Pierre Nkurunziza en 2015. La EAC había estado facilitando sin éxito un diálogo político entre el Gobierno y la coalición CNARED, que agrupaba a la oposición política y social, parte de ella en el exilio.

- **Camerún.** Desde el año 2018 se incrementó la presión política internacional dirigida hacia el gobierno de Paul Biya para buscar una resolución negociada al conflicto armado que azota desde finales de 2017 las dos provincias anglófonas del suroeste de Camerún (región denominada por los movimientos separatistas como Ambazonia). Sin embargo, en los últimos años el conflicto ha sufrido una escalada de la violencia, así como la fragmentación de la insurgencia está incrementando los niveles de violencia, lo que ha debilitado la capacidad negociadora del movimiento separatista. En 2022 el Gobierno de Camerún certificó la finalización de la vía suiza —iniciativa promovida por Suiza con el apoyo y facilitación de la organización HD— y se iniciaron contactos con facilitación de Canadá, que se publicitaron a principios de 2023 y fueron inmediatamente desmentidos por el Gobierno de Camerún. Desde entonces el Gobierno no se han promovido iniciativas para facilitar un diálogo con la insurgencia.
- **Chad.** Durante el año 2024 se celebraron las elecciones que marcaron el fin del proceso de transición política que comenzó en 2021 tras la muerte del presidente Idriss Déby y el subsiguiente golpe de Estado por parte de un consejo militar que instaló a su hijo, Mahamat Idriss Déby, como presidente. Tras el golpe de Estado, Déby hijo se había comprometido con la UA a celebrar elecciones tras 18 meses de transición y a no presentarse a las elecciones, aunque el Acuerdo de paz de Doha para la Paz y la Participación de los Movimientos Político-Militares en el diálogo nacional firmado en agosto de 2022 y el posterior Diálogo Nacional Inclusivo y Soberano (DNIS) de 2022 comportaron la prolongación del mandato del Consejo Militar de Transición (CMT) por un periodo de otros 24 meses, y permitieron la elección de Déby hijo en las elecciones de mayo de 2024, en paralelo a la persistencia de un clima de grave inestabilidad política.
- **Etiopía (Ogadén).** El proceso de paz iniciado en 2017 culminó con la formalización de un acuerdo de paz en 2019 entre el Gobierno y el grupo opositor. En febrero de 2019 el gobierno regional del estado de Somali y el ONLF alcanzaron un acuerdo para proceder al desarme y la reintegración de los combatientes del ONLF en los cuerpos de seguridad y en la administración. No obstante, parte de la insurgencia no se sumó al acuerdo y desde entonces ha persistido el clima de violencia e inestabilidad en la región.
- **Etiopía (Tigré).** Entre 2020 y 2022, la región de Tigré fue escenario de un grave conflicto armado, en el que estuvo implicada la vecina Eritrea, dando apoyo al Gobierno etíope. La comunidad internacional, y en especial la UA, intentaron promover negociaciones de paz entre las partes, pero no fue hasta finales de 2022 que se formalizaron negociaciones de paz en Pretoria (Sudáfrica) bajo los auspicios de la UA que condujeron a la firma de un acuerdo de cese de hostilidades en noviembre de 2022. Desde entonces se ha ido implementando el acuerdo de paz, proceso no exento de dificultades.
- **Etiopía (Oromiya).** Los intentos de explorar un diálogo entre el Gobierno y el Oromo Liberation Army (OLA), brazo militar del Oromo Liberation Front (OLF) que tuvieron lugar en 2023 en Tanzania no se reanudaron en 2024. Por el contrario, persistieron los enfrentamientos entre las autoridades federales y el OLA, que había alcanzado previamente un acuerdo de paz con el Gobierno Federal en 2018. Además, durante el año el Gobierno intentó debilitar al OLA haciendo llamamientos de rendición o de reintegración de sus combatientes, intentando explotar las divisiones existentes en el seno del liderazgo del OLA.
- **Etiopía (Amhara).** El conflicto armado iniciado en 2023 en la región de Amhara continuó su escalada y adquirió un mayor grado de complejidad durante 2024. La ofensiva que tuvo lugar durante 2024 por parte de los cuerpos de seguridad etíopes convirtió a esta región en la más afectada por la violencia del conjunto del país y en uno de los conflictos armados más graves del continente africano. Las operaciones contrainsurgentes no solo fueron

dirigidas contra las milicias amhara Fano, sino también contra la población civil, acusada de complicidad con estas milicias.

- **Eritrea-Etiopía:** En el año 2018 se logró la firma del acuerdo de paz entre ambos países – que puso fin a una disputa de más de 20 años que incluso les enfrentó militarmente entre 1998 y 2000–, hito que fue reconocido con el premio Nobel de la paz de 2019 al presidente etíope Abiy Ahmed por sus esfuerzos en resolver el conflicto entre su país y Eritrea. Sin embargo, en los años posteriores la implementación del acuerdo de paz siguió totalmente bloqueado, y la relación entre ambos países se ha ido deteriorando nuevamente en los últimos años, como consecuencia del contexto regional y del conflicto en la región etíope de Tigré, entre otras cuestiones.
- **Mozambique.** En el año 2019, el Gobierno y el grupo opositor RENAMO, firmaron un histórico Acuerdo de Paz y Reconciliación de Maputo para poner fin a la violencia en la región central del país. El acuerdo contenía, entre otros puntos, garantías para el desarrollo de unas elecciones inclusivas, la descentralización del sistema político-administrativo, así como la puesta en marcha del proceso de DDR de combatientes de RENAMO. En 2025 finalizó este programa de DDR.
- **República Centroafricana.** En la última década los actores político-militares y el Gobierno del país han alcanzado diversos acuerdos que se han incumplido parcial o totalmente, persistiendo la situación de violencia. En 2019 el Gobierno y 14 grupos armados del país firmaron el Acuerdo Político para la Paz y la Reconciliación de Khartoum. Desde entonces se ha llevado a cabo la implementación de dicho acuerdo, con grandes dificultades, lentitud y bloqueos, y diversos grupos armados lo rechazaron y formaron una nueva coalición opositora, la Coalición de Patriotas por el Cambio (CPC). En consecuencia, persistieron los enfrentamientos a la vez que los intentos de abrir un diálogo entre esta coalición y el Gobierno. En 2021 Angola promovió un proceso de concertación (Hoja de Ruta de Luanda) que en 2023 se unificó con el Acuerdo de 2019. RCA es un gran ejemplo donde las agendas securitarias entran en contradicción y confrontación, con la presencia de diversas iniciativas de diálogo que han generado confusión y competencia entre ellas en paralelo a la existencia de operaciones militares para contener la violencia y apoyar al Gobierno, evidenciando la competencia geopolítica entre Rusia, EEUU y Francia por afianzar su alianza con las autoridades centroafricanas, compitiendo incluso con la ONU, presente a través de la misión MINUSCA.
- **Somalia.** Desde 1991, se han celebrado más de 15 procesos de paz para tratar de establecer una autoridad en el conjunto del territorio con una mayor o menor apropiación local en los que la historia, los agravios y la competencia por el poder entre los diferentes actores locales y regionales han supuesto grandes retos. A esto se ha sumado el ascenso del Islam político como alternativa de poder a través de los tribunales islámicos y la internacionalización del conflicto con la irrupción de combatientes extranjeros y de al-Qaeda, en lo que en un principio fue el brazo armado de los tribunales islámicos, al-Shabaab, así como la invasión etíope y el papel de EEUU en la denominada Guerra Global contra el Terrorismo, lo que ha contribuido a dificultar la situación. La misión de la UA (AMISOM), las tropas gubernamentales y EEUU se enfrentan a al-Shabaab para ampliar las zonas bajo control del Gobierno en paralelo a los lentos avances en la construcción de un sistema federal que contribuya a la gobernabilidad. En 2012 culminó la fase de transición iniciada en 2004 con la formación de un nuevo Parlamento que eligió a su primer presidente desde 1967. Los procesos electorales indirectos de 2016 y de 2021 se han visto plagados de irregularidades.
- **Sudán.** Tras la caída del régimen de al-Bashir en abril de 2019, se fusionaron los diferentes procesos y escenarios de negociación de paz en el país entre el nuevo Gobierno de Transición y los diferentes grupos rebeldes de las Dos Áreas (Kordofan Sur y Nilo Azul) y Darfur, logrando, en octubre de 2020, la firma del Acuerdo de Paz de Juba. Sin embargo, varios grupos armados, entre ellos el SPLM-N al-Hilu (Dos Áreas) y el SLM/A-AW (Darfur) se negaron a la firma del acuerdo de paz, manteniéndose las conversaciones de forma separada. En 2022, y debido a la crisis de gobernanza en el país generada por la llegada al poder de la Junta Militar, se abrieron conversaciones entre la Junta y actores políticos y militares para lograr la transición política, que incorporó la revisión del Acuerdo de Paz de Juba. En 2023 las negociaciones se rompieron con el estallido de un nuevo

conflicto armado entre las FFAA y el grupo paramilitar Rapid Support Forces (RSF), dando lugar a nuevas iniciativas de mediación que se mantienen en la actualidad

- **Sudán del Sur.** En el año 2015, y debido a las importantes presiones internacionales, se firmó el Acuerdo de Paz entre el Gobierno y los grupos rebeldes. Dicho pacto, si bien no había tenido muchos avances en materia de consolidación de la paz, fue ratificado en 2018 en el conocido como Acuerdo Revitalizado sobre la Resolución del Conflicto en la República de Sudán del Sur (R-ARCSS). En él se estableció un acuerdo de alto el fuego permanente, así como un periodo de pretransición para la configuración de un Gobierno transicional de coalición y la celebración de elecciones, que hasta la fecha no se han realizado.

A todos estos acuerdos de paz y espacios de negociación abiertos, habría que añadirle el Acuerdo de Paz de Argel de 2015 firmado entre el Gobierno de Mali con los grupos armados de corte árabe-tuareg presentes en la región de Azawad: la Coordinadora de Movimientos de Azawad (CMA), aglutinadora de los grupos que luchan por la independencia de la región, y la Plataforma, coordinadora de los movimientos árabe-tuareg pro unidad nacional. Los grupos armados que manejan agendas “yihadistas” quedaron excluidos de las mesas de negociación de paz bajo la premisa de “no dialogar con grupos terroristas”. Tras casi una década de implementación parcial del acuerdo, que no logró contener la violencia debido al crecimiento de los grupos armados yihadistas, a principios de 2024 la Junta Militar maliense anunció la suspensión definitiva del Acuerdo para la Paz, volviendo a declararse la guerra en el norte.

Escenarios caracterizados por la presencia de actores con agendas “yihadistas”

En el marco de estas políticas de exclusión de cualquier iniciativa de negociación de paz con aquellos actores categorizados bajo el perfil de “extremismo yihadista”, las respuestas en estos contextos han girado en pro de la *securitización* mediante el despliegue de estrategias militares de combate antiterroristas. Esta nueva narrativa ha construido una nueva “realidad” a partir del etiquetaje de la violencia bajo el epíteto de “terrorismo” (yihadista) que la diferencia y aísla, desplazándola del campo de lo político, como si fuera distinta de otros tipos de violencia, convirtiéndola de este modo en un enemigo absoluto con el que no se puede negociar ni convivir, tan solo aniquilar.⁸ La despolitización y moralización del “terrorismo”, en medio de un orden internacional sujeto a la aleatoriedad del miedo, tiene como consecuencia la legitimación del empleo de diversos medios y estrategias de contención –incluso fuera del marco legal–, lo que Michael Ignatieff denominó la aplicación de las recetas del “mal menor”.⁹ La intencionalidad que conlleva esta lectura funciona como un recurso para delinear la variedad de respuestas que se pueden generar, dando lugar a la justificación de una tutela externa a partir de intervenciones militares bajo el pretexto de contener los riesgos que estos escenarios entrañan.

En el continente africano, la creciente presencia y expansión de organizaciones armadas de carácter yihadista –según sus propias reivindicaciones– en conflictos como los presentes en el Sahel Occidental (Jama’at Nusrat al Islam Muslimeen (JNIM)-, Estado Islámico en el Gran Sáhara (ISGS), Ansaroul Islam), Lago Chad (Boko Haram, Provincia Islámica del Estado Islámico de África Occidental (ISWAP)), Somalia (al-Shabaab) o Cabo Delgado (Estado Islámico Provincia de África Central (ISCAP) o Provincia de Mozambique del Estado Islámico (ISMP) –anteriormente autodenominado Ahlu Sunnah Wa-Jama (ASWJ)–), así como su supuesta vinculación con las redes yihadistas globales en algunos conflictos,¹⁰ ha dado pie a la construcción y legitimación de dicha arquitectura de seguridad que ha priorizado la estrategia *securitaria* frente a la búsqueda de otras soluciones. En ella participan múltiples actores, tanto nacionales, como regionales e internacionales, a través de diferentes operaciones y coaliciones militares.

⁸ Martini, Alice y Peñas Esteban, Francisco (2019) “Otra vuelta de tuerca. Notas para un refinamiento de los conceptos y discursos críticos sobre “terrorismo islámico” y violencia política”, *Relaciones Internacionales UAM*, 0(40), p.19.

⁹ Ignatieff, Michael (2005) *El mal menor. Ética política en una era de terror*, Madrid: Taurus.

¹⁰ International Crisis Group (2016) “Exploiting Disorder: Al-Qaeda and the Islamic State”, *Crisis Group*, Special Report 1, Jihad in Modern Conflict.

Si bien este escenario está presente en Lago Chad (encabezado por la *Multinational Joint Task Force* –MNJTF–), Somalia (a través de la Misión de la Unión Africana –AMISOM–) o en la provincia mozambiqueña de Cabo Delago (con el despliegue de tropas de Rwanda o la recientemente cerrada Misión en Mozambique de la Comunidad de Desarrollo de África Austral –SAMIM–) sin duda fue en la región del Sahel Occidental (Malí, Níger y Burkina Faso) en donde con mayor profundidad se ha aplicado. En ella, durante muchos años se observó la presencia de diferentes actores y coaliciones militares: Francia con la operación Barkhane; la coalición regional militar desplegada por el grupo Sahel G5 compuesta por los países de la región (Mauritania, Chad, Malí, Níger y Burkina Faso); la misión de la ONU en Malí (MINUSMA); la Unión Europea, a través de distintas misiones de formación militar a los ejércitos de la zona bajo mandato de la *European Union Training Mission* (EUTM) o de la *European Union Capacity Building Mission* (EUCAP) en Malí y Níger; o los EEUU mediante el *U.S. Africa Command* (AFRICOM).¹¹ Entre todas las misiones y operaciones militares se contabilizaron alrededor de 25.000 efectivos de seguridad que fueron desplegados en la región del Sahel Occidental, a los que hay que añadir los efectivos de las propias fuerzas de seguridad nacionales o las creadas milicias comunitarias de autodefensas impulsada por el estado.¹²

Tabla 2. Principales misiones contrterroristas en África en los últimos años

País/Región	Nombre de la Misión	Países conformantes	Tropas autorizadas	Situación actual
Sahel Occidental	- Sahel G-5	Mauritania, Chad, Malí, Níger y Burkina Faso	5.000	Cerrada
	- MINUSMA (Malí)	ONU	14.708	Cerrada
	- Operación Barkhane	Francia	4.500	Cerrada
	- <i>European Union Training Mission</i> (EUTM) y <i>European Union Capacity Building Mission</i> (EUCAP) en Mali y Níger; Takuba Task Force	UE	940	Cerrada
	- <i>Africa Command</i> (AFRICOM)	EEUU	Aprox. 1.000	Cerrada
	- Alianza de Estados del Sahel (AES)	Malí, Níger y Burkina Faso	s/d	En activo
Lago Chad	<i>Multinational Joint Task Force</i> (MNJTF)	Níger, Nigeria, Chad, Camerún y Benín	8.700	En activo
Somalia	Misión de la Unión Africana en Somalia (AMISOM)	Uganda, Burundi, Yibuti, Kenia, Etiopía, Sierra Leona, Zambia y Ghana	22.126	En activo
Mozambique	- Rwanda - Misión en Mozambique de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SAMIM)	Rwanda Angola, Botswana, RDCongo, Lesotho, Malawi, South Africa, Tanzania y Zambia	2.500-4.500 3.000	En activo Cerrada

¹¹ Africa Center for Strategic Studies, “A Review of Major Regional Security Efforts in the Sahel”, 4 de marzo de 2019, <https://africacenter.org/spotlight/review-regional-security-efforts-sahel/>

¹² Para mayor información véase: Navarro, Iván y Dosta, Alba (2022) Informe Sahel: Una década marcada por la inestabilidad en la triple frontera, Escola de Cultura de Pau, UAB, <https://escolapau.uab.cat/informes-2/informe-sahel-una-decada-marcada-por-la-inestabilidad-en-la-triple-frontera/>

Fuente: Elaboración propia

Esta apuesta por la militarización se observa, no solo en la participación de coaliciones externas, también en el fortalecimiento de las estructuras de seguridad de los países inmersos en estos escenarios de violencia. Una muestra de ello se observó en Malí, Burkina Faso y Níger, países que duplicado los presupuestos militares desde el año 2013, pasando de representar el 5,4% del gasto gubernamental a ascender a un promedio del 10,6%, lo que equivale a un aumento de casi 600 millones de dólares. Este incremento de las partidas presupuestarias trajo asociado una ampliación de tropas en las fuerzas armadas de Burkina Faso y Malí en un 50% y un 30% respectivamente.¹³ En Burkina Faso, la militarización afectó también a otros sectores. Por ejemplo, en enero de 2020, el Parlamento burkinés aprobó la ley de "Voluntarios para la Defensa de la Patria", la cual previó proporcionar armas a civiles, así como dos semanas de entrenamiento militar con el fin de integrarlos en el combate a las insurgencias.¹⁴ Esta medida, ya aplicada en otros muchos conflictos armados en el continente (RD Congo, Sierra Leona o Uganda), ha contribuido aún más, como hizo en el pasado, a poner en el centro de la guerra a la población civil y aumentar la violencia contra ella, siendo señalada como colaboracionista.

Resultados dispares

La apuesta por respuestas diferentes condicionadas según el perfil del tipo de actores y demandas presentes en los escenarios de conflictividad armada (agendas seculares vs agendas de corte yihadista) ha generado resultados dispares a la hora de tratar de contener y reducir la violencia. Por un lado, en aquellos escenarios en donde se ha presionado, interna y externamente, para la resolución de los conflictos a través de iniciativas de diálogo y acuerdos negociados de paz, se ha logrado, parcialmente, reducir la violencia. En conflictos armados como los presentes en República Centroafricana, Mozambique (centro), RD Congo (Kasai), Sudán del Sur o Etiopía, los acuerdos de paz, si bien se hallan en algunos de ellos aun en una fase incipiente de implementación, siendo en algunos contextos aún frágiles, han contribuido a ceses al fuego, facilitando la asistencia humanitaria a las poblaciones más vulnerables. Sin embargo, en aquellos escenarios caracterizados por el despliegue de estrategias militares de contención, la espiral de violencia prosigue y se amplía. Según datos del Africa Center for Strategic Studies, la violencia perpetrada por, lo que denomina, "grupos islamistas militantes" en África sigue creciendo año a año. En 2024, estos actores armados provocaron al menos 22.307 muertes, lo cual representa un aumento del 60 % con respecto al período 2020-2022. De ellas, casi la mitad (10.685) se produjeron en el Sahel, seguido de Somalia y Lago Chad, regiones en donde se concentra el 99 % de las muertes.¹⁵

Esta intensificación de las dinámicas de violencia y el creciente impacto en las poblaciones civiles que las padecen, aumentando el número de personas desplazadas forzosamente de sus hogares o las crisis humanitarias, han generado importantes críticas al mantenimiento de las estrategias antiterroristas. En Malí, por ejemplo, la sociedad civil se ha manifestado en diferentes ocasiones solicitando la apertura de espacios de diálogo que pongan fin al conflicto armado. De hecho, ya durante el 2017, en una encuesta realizada por la Fundación Friedrich Ebert en Malí, el 55,8% de la población maliense se mostraba a favor del diálogo con los grupos "yihadistas".¹⁶ Algo similar ocurre en Nigeria, donde cada vez son más las voces que solicitan al gobierno complementar la campaña militar contra BH con estrategias no militares. En este sentido, los gobernadores de los seis

¹³ Le Roux, Pauline (2019) "Responding to the Rise in Violent Extremism in the Sahel", *Africa Center for Strategic Studies*, diciembre, <https://africacenter.org/publication/responding-rise-violent-extremism-sahel/>

¹⁴ Sam Mednick, *In Burkina Faso, arming civilians to fight jihadists. What could go wrong?*, The New Humanitarian, 9 de marzo de 2020, <https://www.thenewhumanitarian.org/feature/2020/03/09/burkina-faso-jihadists-vigilantes-civilian-law>

¹⁵ Africa Center for Strategic Studies, "Africa Surpasses 150,000 Deaths Linked to Militant Islamist Groups in Past Decade", julio, 2025. <https://africacenter.org/wp-content/uploads/2025/09/Deaths-Linked-to-MIGs-In-Last-Decade.pdf>

¹⁶ Baba Dakono, Hassane Koné y Boubacar Sangaré (2019) "Can dialogue with violent extremist groups help bring stability to Mali?", *Institute for Security Studies*, <https://issafrica.org/iss-today/can-dialogue-with-violent-extremist-groups-help-bring-stability-to-mali>

estados del noreste del país en noviembre de 2019 instaron al gobierno federal a implicarse en un proceso de diálogo con la insurgencia para facilitar su rendición.¹⁷

A modo de cierre

Los distintos tipos de “soluciones” adoptados frente a los conflictos armados en el continente africano tienen importantes implicaciones en la consecución de la paz. Las estrategias internacionales desplegadas al respecto, en general, como sostienen los estudios críticos de seguridad y construcción de paz, se muestran incapaces de aportar medidas significativas que ayuden a la transformación estructural de la violencia y contribuyan a mejorar las condiciones de vida de las poblaciones que los padecen. En muchos casos, las soluciones que se ofrecen acaban siendo más una parte del problema que no una estrategia efectiva de resolución y transformación.¹⁸

En aquellos escenarios en donde la comunidad internacional ha apostado por la apertura de procesos de negociación, se han logrado acuerdos de paz que, en general, están favoreciendo la reducción de la violencia. Si bien este tipo de respuesta muestra el camino para acabar con los conflictos armados, es importante señalar que en muchos sentidos sigue siendo insuficiente. Ello se debe a que la arquitectura de paz se erige sobre una mirada de paz hegemónica liberal, que lejos de resolver las causas estructurales que originan la violencia, edifican un escenario de “paz virtual”, lo que Paul Richards denominó un contexto de “*no peace no war*,” en donde sigue predominado el proceso de *securitización* del desarrollo.¹⁹ En ellos, la apuesta es impulsar políticas encaminadas a las reformas de reconstrucción liberal (de índole económica y de apertura de mercado; democratización de las instituciones; aparato de seguridad y militarización), en detrimento de destinar políticas y recursos que traten de erradicar las injusticias y los verdaderos problemas estructurales. Es más, incluso en las cláusulas presentes en los acuerdos de paz, entre las que normalmente se introducen medidas relativas a paliar el subdesarrollo económico, estas no suelen ser prioritarias a la hora de la implementación. Una muestra de ello lo observamos en el acuerdo de paz de Malí de 2015, en el que, según señala el *Carter Center* –organismo designado como observador independiente de la implementación del acuerdo de paz en Malí a finales de 2017– en lo que respecta al Capítulo IV del Acuerdo, relativo al desarrollo socioeconómico y cultural de las regiones del norte del país, apenas ha habido avances en la materia desde 2015. Por ejemplo, la Estrategia de Desarrollo Específica de la región y el Fondo de Desarrollo Sostenible previstos en el texto no se operativizó debido a desacuerdos entre las partes malienses sobre los órganos de dirección y gestión.²⁰

En muchos de estos escenarios, la búsqueda de negociaciones de paz ha ido de la mano del despliegue de misiones de mantenimiento de la paz encabezadas, principalmente, por la ONU. Algunas de estas misiones, como lo son el caso de Malí, Sudán o recientemente en la RD Congo, se han visto obligadas a cerrar o a anunciar su cierre sin concluir sus mandatos, abriéndose en el seno de la ONU un importante debate sobre las mismas debido a la naturaleza cambiante de los conflictos, los recursos cada vez más limitados²¹ y un panorama geopolítico en rápida evolución. De hecho, en septiembre de 2024, en la Cumbre del Futuro, se subrayó la necesidad de que las operaciones de paz de la ONU se adapten a estas dinámicas para satisfacer las necesidades cambiantes.²²

¹⁷ Sahara Reporters, *Boko Haram: North-East Governors Urge Buhari Regime To Dialogue With Terrorists*, 6 de noviembre de 2019, <http://saharareporters.com/2019/11/06/boko-haram-north-east-governors-urge-buhari-regime-dialogue-terrorists>

¹⁸ Véase, Iñiguez de Heredia, Marta (2024). “De la Paz Liberal a la Paz Militar: una nueva manera de hacer y (des)regular el uso de la fuerza”, *Relaciones Internacionales*, n° 55, pp. 139-159

¹⁹ Richards, Paul (ed) (2005) *No Peace, No War: An Anthropology of Contemporary Armed Conflicts*. Oxford: James Currey & IAI.

²⁰ The Carter Center, “Report of the Independent Observer. Observations on the Implementation of the Agreement on Peace and Reconciliation in Mali, Emanating from the Algiers Process”, 16 de diciembre de 2019.

²¹ Este hecho se relaciona directamente con la decisión de la administración estadounidense de recortar los fondos destinados a la ONU. El 29 de agosto de 2025 se aprobó la cancelación de 5.000 millones de dólares en ayuda exterior y financiación a organizaciones internacionales, incluyendo aproximadamente 800 millones de dólares en contribuciones a las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU. Estados Unidos aporta el 26 % del presupuesto para las operaciones de mantenimiento de la paz y el 22 % del presupuesto ordinario de la ONU.

²² Security Council Report, UN Peace Operations: Open Debate, What’s In Blue, 8 de septiembre de 2025. <https://www.securitycouncilreport.org/whatsinblue/2025/09/un-peace-operations-open-debate.php>

Por otro lado, peor han resultado aún las prácticas internacionales que priorizan el intervencionismo militar y las políticas contrterroristas en el continente, ya que no solo se están mostrando ineficaces a la hora de reducir la violencia, sino que están incidiendo en su perpetuación y acentuación, y en ocasiones incluso a su detonación a gran escala, comprometiendo los esfuerzos de paz. Si ampliamos el foco más allá de África, más de 20 años después de la intervención en Iraq en nombre de la supuesta seguridad global, ¿alguien puede pensar que el país es más seguro hoy? ¿Que el mundo es más estable? La misma reflexión podemos hacer en el caso de la intervención militar en Afganistán o la provocada en Libia. Sobre esta última, la intervención de la comunidad internacional realizada bajo el amparo de la resolución 1973 (2011) del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, no solamente convirtió a Libia en un polvorín, sino que la misma generó un efecto *boomerang* en toda la región del Sahel, desestabilizándola. La propia ONU, en un informe titulado *Final Report of the Panel of Experts Established Pursuant to Resolution 1973 (2011) Concerning Libya*²³, documentó cómo la intervención militar había contribuido a la desestabilización de sus vecinos más cercanos y lejanos. Es más, en el citado informe también se constató cómo Libia, a raíz de la intervención, se habría convertido –literalmente– en un refugio seguro para todo tipo de grupos armados, muchos de ellos afiliados a al-Qaeda y al Estado Islámico, convirtiéndose en un problema regional por su efecto de propagación a África Occidental y a países como Egipto, Túnez y Siria, a la par que el flujo del armamento libio fluyó fuera de sus fronteras alimentando otros muchos conflictos. Es decir, la caída del régimen de Muammar Gaddafi generó un tsunami geopolítico que impactó en parte del continente africano y en Oriente Medio.²⁴ A todo ello, no está de más recordar que, frente a la crisis libia, la UA había apostado por la apertura de negociaciones que condujesen a una transición pactada, oponiéndose al uso de la fuerza.²⁵ En el año 2011, antes de la intervención militar de la OTAN en Libia, Jean Ping, por entonces presidente de la Comisión de la UA, adelantó el efecto *boomerang* que tendría en la región, alertando de sus efectos devastadores sobre el Sahel. Al respecto, Ping señalaba: “*puedo desde ahora afirmar que los historiadores en unos años dirán que queriendo salvar a 300 personas, habéis matado a más de 50.000 y habéis incendiado el Sahel.*”²⁶

La tendencia a esencializar y simplificar el fenómeno de la violencia armada en el continente africano, presentándola como barbárica, criminal, apolítica o patológica, completamente desvinculada de elementos históricos, sociales, políticos, económicos o ideacionales, además de conllevar una eminente carga culturalista y racista, esconde las causas principales que están detrás de estas rebeliones e imposibilita su resolución política. En este sentido, es importante señalar que la violencia de carácter yihadista no es diferente en sus orígenes y motivaciones que la presente en otro tipo de violencia política en el continente. Estos conflictos se deben interpretar en el marco de la exclusión política y los agravios presentes en las condiciones locales, que se relacionan con la marginalización política, la historia de violencia política presente en la región y su capitalización por parte de estos grupos, así como por su exclusión del aparato del estado, poniendo de relieve la importancia de las condiciones históricas, sociales, económicas y políticas locales como motores de la violencia. A su vez, también se debe recuperar cómo los contextos y las injerencias externas inciden en su eclosión y dinámicas. En ellos, la religión, lejos de significar un motor para su estallido, se convierte más bien en un vehículo de canalización y discurso.

El problema con el que se encuentran las agendas internacionales de construcción de paz en el continente africano no es solo de índole programático, sino sobre todo un problema político. Para

²³ UNSC (2013) “Final report of the Panel of Experts established pursuant to Resolution 1973 (2011) concerning Libya”, www.securitycouncilreport.org/atf/cf/%7B65BFCF9B-6D27-4E9C-8CD3-CF6E4FF96FF9%7D/s_2013_99.pdf

²⁴ Cafiero, Giorgio y Wagner, Daniel (2015) “Four years after Gaddafi, Libya is a failed state”, *Foreign Policy In Focus*, 6 de abril, <http://fpif.org/four-years-after-gaddafi-libya-is-a-failed-state/>

²⁵ La propuesta de la UA incluía: (i) cese inmediato de todas las hostilidades; (ii) cooperación de las autoridades libias para facilitar la entrega oportuna de asistencia humanitaria a las poblaciones necesitadas; (iii) protección de los extranjeros, incluidos los trabajadores migrantes africanos que viven en Libia; y (iv) diálogo entre las partes libias y el establecimiento de un gobierno de transición consensuado e inclusivo. El PSC [Consejo de Paz y Seguridad de la UA] estableció un comité *ad hoc* de alto nivel para dar seguimiento a la implementación de la hoja de ruta. El objetivo principal era asegurar que se lograra la aspiración legítima del pueblo libio a la democracia. Ping, Jean (2011) “African Union role in the Libyan crisis” *Pambazuka News*, 15 de diciembre, www.pambazuka.net/en/category/aumonitor/78691

²⁶ Ping, Jean (2015), Transcripción de la intervención en el Parlamento Panafricano, a partir del minuto 2’54”, http://www.dailymotion.com/video/xq6y5w_discours-jean-ping-partie-1-2_news

superarlo se requiere de la creación de nuevas políticas de actuación que estén libres de ataduras de intereses geoestratégicos, que pongan en el centro la resolución de las causas estructurales que dan pie a la eclosión de la violencia. Debemos, de este modo, tratar de comprender y desplazarnos más allá de las lógicas *securitarias* del poder, desprendernos de los imaginarios, relatos y narrativas que desde ciertos circuitos políticos, académicos y mediáticos hegemónicos, reconstruyen y reproducen un particular orden discursivo sobre África, para poner en el centro nuevos relatos y mecanismos de resolución que partan de las cosmovisiones, necesidades e intereses de las poblaciones que padecen la violencia. Esto es, recuperar la esencia de la “filosofía de hacer paces” que nos enseñó Vicent Martínez Guzmán, sustituir las políticas de seguridad por unas políticas del cuidado.